IMPERIALISMO E INTERNACIONALISMO EN EL SIGLO XXI

Alexia Massholder y Hernán Randi
Directores del Centro de Estudios y Formación Marxista Héctor P. Agosti (CEFMA)

Ser internacionalista es saldar nuestra propia deuda con la humanidad.
Quien no sea capaz de luchar por otros,
no será nunca capaz de luchar suficientemente por sí mismo.
Fidel Castro

Cumplir con el más sagrado de los deberes:
luchar contra el imperialismo dondequiera que esté.
Ernesto Che Guevara

Introducción

Dentro de los estudios estratégicos y la geopolítica la llamada "batalla de ideas" juega un papel fundamental en tanto es el terreno en el que se ponen en juego desde definiciones conceptuales hasta formas de concebir el mundo y las relaciones de poder. El poder imperial tiene clara conciencia de la importancia de este terreno de lucha y ha logrado desplegar diferentes formas de dominación. En primer lugar, los sistemas mediáticos que, controlados por los grandes poderes concentrados, no sólo brindan una visión intencionalmente distorsionada de

la realidad, sino que pueden llegar a generar opiniones y hasta movilizaciones populares en torno a hechos políticos concretos. En segundo lugar, podemos pensar que el American way of life promocionado por los Estados Unidos es una forma más de lo que Tvetzan Todorov llamaría "la colonización de lo imaginario", y que modelan patrones de conducta y consumo funcionales a su poder hegemónico, buscando imponer una suerte de "internacionalismo de la dominación" a través de todos los recursos que el imperialismo ha desarrollado desde su nacimiento. Finalmente, y entrando en la línea propuesta por este trabajo, las clases dominantes a escala mundial han logrado apropiarse de determinados conceptos, como "democracia" o "libertad" para redefinirlos según su conveniencia. En ese sentido, recuperar para el movimiento revolucionario estos conceptos es parte de la batalla global que debemos dar para desenmascarar la intencionalidad con que han sido sistemáticamente utilizados, de forma tergiversada, para accionar en el sentido etimológicamente opuesto. Dentro de la recuperación de los conceptos, nos detendremos particularmente en el de "internacionalismo", entendiéndolo en todas aquellas formas que a lo largo de la historia ha buscado recuperar la tradición marxista (proletario, socialista, revolucionario, emancipatorio etcétera).

Nación e internacionalismo en la historia

La historicidad de los conceptos y de las instituciones como punto de partida para los análisis políticos, sociales y culturales es indudablemente uno de los aportes fundamentales del marxismo. Partiendo de la aceptación de esta premisa analítica, nos proponemos sugerir algunas líneas de trabajo posibles para pensar hoy la relación entre la "cuestión nacional" y el "internacionalismo" frente al "imperialismo" a partir de algunos textos clásicos del marxismo.
Tal como señalara Perry Anderson (2002), pocas nociones políticas son a la vez tan normativas y tan equívocas como la del internacionalismo. Claro que no es la única. Si partimos de la citada premisa marxista de la historicidad de los conceptos podemos observar que términos como los ya citados "democracia" o "libertad" han corrido la misma suerte. Enunciados en momentos históricos diferentes, en sitios geográficos distintos, y definidos por determinados sujetos sociales, estos conceptos han sido usados para referir a realidades tan disímiles como la estadounidense, la venezolana o la argentina. Y como hemos desarrollado en otra oportunidad, no hace falta ser un observador perspicaz para notar las insalvables diferencias entre ellos (Massholder, 2010). Es por eso que para reflexionar sobre el internacionalismo hace falta no sólo atender las connotaciones que el nacionalismo, como contraparte, fue adoptando en diferentes momentos, sino también mayores precisiones sobre la intencionalidad política con la que se lo utiliza y su contexto histórico. En la línea planteada por Anderson, si la idea de nacionalismo deja más o menos clara la centralidad de la nación como valor político supremo, el internacionalismo, etimológicamente, no elimina la idea de nación, sino que modifica el valor político máximo al cual apunta. En otras palabras, partiendo del reconocimiento de la existencia de la nación, se plantea un sistema de interrelaciones que debe ser estudiado según el contexto histórico específico de que se trate. Así, continúa el autor, el nacionalismo ilustrado inaugurado por la Revolución Francesa, que proponía una armonía entre naciones civilizadas frente a la tiranía y la barbarie, difiere de los objetivos que en Nuestra América plantearon Bolívar o San Martín que lucharon además por la emancipación de nuestros pueblos.
Otro hito en el análisis de los itinerarios de los conceptos de nacionalismo e internacionalismo puede ubicarse a mediados del siglo XIX con la irrupción de los movimientos revolucionarios en Europa, que por primera vez se presentaban persiguiendo objetivos políticos diferentes a los de las clases dominantes. Sin duda, el Manifiesto Comunista actuó al mismo tiempo como "estímulo" y fue "consecuencia" de estos procesos. Y de alguna forma, tal como Engels enunciara en el prefacio a la edición alemana

de 1890, "la historia del Manifiesto refleja hasta cierto punto la historia del movimiento obrero moderno desde 1848. Actualmente es, sin duda, la obra más difundida, más internacional de toda la literatura socialista" (Engels, 1957: 12).

Tras la fundación de la Primera Internacional Obrera, en el movimiento dialéctico de la historia, la respuesta burguesa fue la exacerbación del nacionalismo, en su variante chauvinista, en busca de dos objetivos centrales: acompañar un nuevo ciclo expansionista guiado por las necesidades del capital monopolista emergente (es decir, en búsqueda de mercados-colonias), y disputar el control de las masas para encuadrarlas en el orden capitalista, en un momento en que arreciaban las presiones populares para democratizar la vida política. Así, explica Anderson (2002): "El chovinismo reinante funcionó neutralizando los riesgos de semejante extensión del voto, desplazando las tensiones de clase de los antagonismos de clase a los nacionales".

El éxito de este nacionalismo puede observarse en la mutación operada en la Segunda Internacional, en donde la mayoría de los partidos obreros respaldaron y aprobaron la matanza encarnizada de su propia clase en una batalla que respondía claramente a los intereses económicos expansionistas de los estados involucrados. El fascismo operó también para alejar a las clases subordinadas de sus potenciales sublevaciones para orientarlas hacia objetivos que, nuevamente, respondían a una competencia interimperialista que nada tenía que ver con los intereses de aquellas clases[1]. No es un dato menor en el análisis histórico que en 1917 la Revolución Rusa aparece como una amenaza concreta para el capitalismo, por su manifiesta posición internacionalista que se reflejó y profundizó en los debates y documentos de los primeros congresos de la Tercera Internacional. La contraposición entre el nacionalismo (identificado con el capital) y el internacionalismo (identificado con la causa de los trabajadores) se presentó entonces muy claramente.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, el mapa geopolítico se redefine radicalmente. La expansión del "internacionalismo proletario" del campo socialista (que ya no era solamente la URSS[2]) propició en algunos países donde la izquierda venía siendo perseguida y reprimida el surgimiento de los "nacionalismos populares." El resultado de estos movimientos fue la convergencia, en muchos casos, de diferentes clases y capas sociales (los famosos "sectores medios") en la lucha común contra el imperialismo. El carácter heterogéneo y las contradicciones al interior de estos movimientos –que a su manera reflejaban en cierta forma un difuso sentimiento antiimperialista que brotaba de la experiencia soviética– indudablemente modificaron en algunos países de América Latina, como Argentina, las clásicas confrontaciones burguesía–proletariado para hacer frente a un enemigo mayor, el imperialismo norteamericano, cuyo dominio parecía incuestionable luego de 1945.

Claro está que la existencia de un bloque socialista "amenazante" empujó al capital, que siempre sabe hacer lecturas rápidas de las situaciones para operar sobre ellas, a construir su propia versión del internacionalismo. Esta apropiación de la simbología y herramientas conceptuales de las clases oprimidas y de la tradición revolucionaria socialista para convertirlas en armas que operen contra ellas en la "batalla cultural" (y no sólo cultural) es aún más evidente en la actualidad. La decidida intención de los Estados Unidos de someter al mundo a su dominio, imponiendo sus valores y sus patrones de pensamiento, llevó a una exaltación de la democracia, en su forma liberal (aunque nunca lo explicitara) para disputar con la tradición revolucionaria las nociones de "libertad" y "democracia" colocándose como su único intérprete y defensor universal. Este "internacionalismo de la dominación" se vincula muy directamente con la tradición de los Estados Unidos de promover su "destino manifiesto", concepto utilizado ya en 1845 en la Democratic Review de Nueva York, en donde podía leerse: "El cumplimiento de nuestro

1. Anderson extiende las consecuencias de esta tendencia hasta el Estado Novo en Brasil, el peronismo en Argentina y los orígenes del MNR en Bolivia.

2. Es interesante la observación de Anderson acerca de Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas como símbolo mismo de un espíritu internacionalista.

destino manifiesto es extendernos por todo el continente que nos ha sido asignado por la Providencia, para el desarrollo del gran experimento de libertad y autogobierno. Es un derecho como el que tiene un árbol de obtener el aire y la tierra necesarios para el desarrollo pleno de sus capacidades y el crecimiento que tiene como destino." Esta doctrina parte del supuesto de la "virtud" de las instituciones estadounidenses y permite una justificación providencial a las acciones a extender el sometimiento forzoso de naciones que no adoptan por su cuenta el American way of life. Así lo reconocía el presidente estadounidense Theodore Roosevelt en 1904 cuando, en su célebre "corolario" a la Doctrina Monroe afirmó: "Si una nación demuestra que sabe actuar con eficiencia y decencia razonables en asuntos políticos y sociales, y si mantiene el orden y cumple con sus obligaciones, no tiene por qué temer una interferencia de los Estados Unidos. Sin embargo, un crónico mal proceder, o una impotencia que conduce al debilitamiento de los lazos de una sociedad civilizada pueden, en América, o donde sea, exigir la intervención de algún país civilizado; y en el Hemisferio Occidental en casos flagrantes de mal proceder o impotencia, la adhesión de Estados Unidos a la Doctrina Monroe puede forzar a Estados Unidos, a pesar de su reluctancia, a ejercer un poder de policía internacional [...] En la medida en que nuestros vecinos del Sur obedezcan las leyes primarias de una sociedad civilizada pueden estar seguros de que serán tratados por nosotros con un espíritu de cordial y colaborativa simpatía"[3].

La idea del occidente democrático y libre, como opuesto al despotismo y la sumisión del individuo, se convirtió indudablemente en el estandarte del capital en el siglo XX. En nombre de la democracia y la libertad, definida por ellos mismos, los Estados Unidos violan sistemáticamente la libertad y la democracia que otros pueblos definen de manera diferente. No es una cuestión semántica, conceptual. Es una cuestión política, de lucha de clases, con niveles de complejidad quizá no presentes al momento de elaboración de los fundadores del marxismo. Por eso frente a este "internacionalismo de la dominación", recuperar el "internacionalismo emancipatorio", como concepto y como práctica, redobla los desafíos actuales.

3. Tomado y traducido de www.pinzler.com/ushistory/corollarysupp.html

Recuperar el Manifiesto Comunista en el siglo XXI

Releer las páginas del Manifiesto (1848) hoy nos permite no sólo reafirmar su vigencia en varios sentidos, sino esbozar algunas claves para pensar la situación actual. Veamos algunas citas.

En primer lugar, "(l)a historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases". Convertido el capitalismo en un sistema hegemónico a nivel internacional y, en consecuencia, dividiendo la sociedad en clases sociales antagónicas, la lucha de clases continúa más allá de las nuevas formas generadas por la complejización del tejido social producto del desarrollo histórico. Indudablemente, además, la expansión del imperialismo genera cada vez más sectores que potencialmente podrían entrar en contradicción con él, convirtiendo al sujeto antiimperialista en un entramado de clases y fracciones de clase mucho más complejo que el tradicional "proletariado" decimonónico. En palabras del Manifiesto, "pequeño industriales, pequeños comerciantes y rentistas, artesanos y campesinos [...] caen en las filas del proletariado; unos porque sus pequeños capitales no les alcanzan para acometer grandes empresas industriales y sucumben en la competencia con los capitalistas más fuertes; otros porque su habilidad profesional se ve despreciada ante los nuevos métodos de producción. De tal suerte, el proletariado se recluta en todas las clases de la población". Los niveles desproporcionados de concentración del capital producto del "imperialismo de la dominación" han complejizado e incrementado de los sectores oprimidos, incorporando nuevos sujetos a una potencial lucha antisistémica. Podemos así observar que el crecimiento de los sectores contestatarios ha llegado a países que años atrás parecían completamente impermeables a la crisis. Nos referimos principalmente a países europeos y a los propios Estados Unidos.

Segundo: "En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados de los climas más diversos [...] se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material como a la producción intelectual". La cita nos remite a dos situaciones fundamentales de nuestro proceso actual. En primer lugar, que "los productos de países más apartados", a diferencia de la época de redacción del Manifiesto, incluyen en nuestros días un conjunto de recursos naturales fundamentales no sólo para la reproducción del sistema (minerales, metales, petróleo, etc.) sino para la reproducción de la vida misma (el agua es sin duda hoy el más importante). Estos recursos, finitos, están siendo devastados por la lógica de producción y consumo capitalista llegando a poner en peligro como lo señalara el Comandante Fidel Castro en la Cumbre de la Tierra (Río de Janeiro, 1992) la propia supervivencia de la especie humana y, paradójicamente, la propia reproducción del sistema. Esta situación ha exacerbado la tendencia guerrerista propia del capitalismo en busca ya no sólo de mercancías y mercados, sino de insumos cada vez más escasos y fundamentales para su existencia. En segundo lugar, y relacionados directamente con la primera parte de la cita, se ha puesto en evidencia hoy la centralidad de la producción intelectual como factor determinante en la dominación ideológica de la población. La internacionalización del capital y de los tentáculos del imperialismo ha requerido no sólo el desarrollo tecnológico que permite la dominación por la fuerza de los sectores oprimidos, sino todo un sistema de creencias y valores que tienden a la atomización del individuo y al alejamiento de todo sentimiento de solidaridad internacionalista, forjando "un mundo a su imagen y semejanza". El dominio de los monopolios imperialistas tanto de la producción informativa y cultural para moldear y controlar el sentido de las representaciones sociales de la época, como de la producción intelectual y científica, pública y privada, de las instituciones formativas y educativas, es sin duda uno de los signos característicos de nuestro tiempo. Estos dispositivos permiten visualizar el grado de internacionalización de las clases dominantes pero también las limitaciones que surgen de los determinantes a menudo estrechamente nacionales de nuestro combate contrahegemónico, que no logran articular una estrategia regional, única forma de enfrentar seriamente los problemas de nuestras naciones en el mapa geopolítico de hoy.

Tercero: "En general, las colisiones en la vieja sociedad favorecen de diversas maneras el proceso de desarrollo del proletariado. La burguesía vive en lucha permanente [...] contra aquellas fracciones de la misma burguesía cuyos intereses entran en contradicción con los progresos de la industria y siempre, en fin, contra la burguesía de los demás países. En todas estas luchas se ve forzada a apelar al proletariado, a reclamar su ayuda y a arrastrarle al movimiento político. De tal manera, la burguesía proporciona a los proletarios elementos de su propia educación, es decir, armas contra ella misma".

Finalmente, el Manifiesto también dice que: "Los obreros no tienen patria". Esta frase fue históricamente utilizada de manera incorrecta y malintencionada por la burguesía para presentar al comunismo como un enemigo apátrida frente a los "defensores de la nación". Pero una lectura atenta al proceso histórico demuestra que el imperialismo es, parafraseando a los autores del Manifiesto, nacional por su forma, pero internacional por su contenido. De tal manera, los afectados por el actual sistema de dominación no modifican su condición de oprimidos por habitar en tal o cual nación, aunque, insistimos, este "internacionalismo de la dominación" pueda adquirir en cada una de ellas formas de expresión diferenciadas.

Por eso mismo el internacionalismo socialista se presenta como una necesidad desprendida de la propia realidad. El combate en cualquier lugar del planeta contra el sistema de dominación es un paso más en la emancipación de los oprimidos a nivel mundial, en tanto contribu-

ye a modificar la correlación de fuerzas. Lenin tuvo clara conciencia de esto cuando escribió que "No se puede defender la patria de otro modo que luchando por todos los medios [...] contra los peores enemigos de nuestra patria". Y como bien afirmaba el Che, "la bestialidad imperialista, bestialidad que no tiene una frontera determinada, ni pertenece a un país determinado. Bestias fueron las hordas hitlerianas, como bestias son los norteamericanos hoy, como bestias son los paracaidistas belgas, como bestias fueron los imperialistas franceses en Argelia, porque es la naturaleza del imperialismo la que bestializa a los hombres [...]. Y la estatua que recuerda a Lumumba hoy destruida, pero mañana reconstruida, nos recuerda también la historia trágica de ese mártir de la revolución del mundo que no se puede confiar en el imperialismo, pero ni tantito así... inada!".

Recuperar el internacionalismo revolucionario y emancipatorio

Indudablemente la caída de la URSS fue un duro golpe para el movimiento revolucionario mundial. Pero si actualmente el imperialismo estadounidense actúa para buscar imponer a Europa a través de la OTAN el ataque a Rusia utilizando y fomentando el conflicto en Ucrania, y presiona a los gobiernos latinoamericanos para participar de una Cumbre de las Américas que ha dejado afuera a Cuba, Venezuela y Nicaragua es porque "el fantasma rojo" sigue siendo una amenaza para ellos (y un horizonte para nosotros). Dijimos que la reacción suele actuar rápidamente y estudiar muy en profundidad todo aquello que pueda cuestionar su sistema de dominación, para neutralizarlo, para operar sobre ello. Y por algo los ojos están tan puestos sobre América Latina[4].

Entendemos que recuperar la tradición internacionalista revolucionaria es fundamental en un momento en que el imperialismo ha desarrollado e internacionalizado nuevas formas de dominación y de opresión que, lógicamente,

adoptan en cada país particularidades nacionales, pero que en su esencia responden, como lo señalara Noam Chomsky en varios de sus escritos, a una lógica de la dominación mundial. Desde el momento en que la burguesía como clase se consolidó frente a los regímenes precapitalistas y se estableció el capital como relación social hegemónica, la lucha por la apropiación de plusvalor, plustrabajo y recursos ha traspasado las fronteras nacionales y se ha internacionalizado cada vez más. Si además de la contradicción entre capital y trabajo, tomamos en cuenta la particular contradicción entre metrópolis y colonias o semicolonias, propias de la fase imperialista del capitalismo, y agregamos la necesidad permanente de expansión del capital, obtenemos como resultado un proyecto imperialista, de "internacionalismo de la dominación" basado en una guerra por la apropiación de los recursos a niveles jamás vistos, que no sólo obstaculizan su propia reproducción sino que amenazan la existencia misma de la vida en el planeta. Esta lógica voraz regida por el afán de un incremento

4. Atilio Boron ha demostrado esto de manera contundente en su libro América Latina en la geopolítica del imperialismo (2012).

permanente en las ganancias ha superado la tradicional vía de crecimiento a través de la conquista de nuevos mercados. Presenciamos en la actualidad un conjunto de cambios superestructurales que buscan dirigir el proceso político a través de acuerdos entre un puñado de empresas y estados representantes-garantes de estas, por una cúpula de financistas que dirige los movimientos de la clase dominante en el seno de las metrópolis, y que da una nueva forma internacionalizada a las concepciones tanto como del consenso como de la guerra por los recursos. Esta guerra, en tanto los recursos están distribuidos de manera desigual en las diferentes regiones, adopta diferentes formas en diferentes países, según el acuerdo que el imperialismo logre con las burguesías que responden a él. De esta forma, los sectores enfrentados con el imperialismo deben articular en cada nación formas diferentes de alianzas para enfrentar la brutalidad de la guerra hibrida de amplio espectro impuesta por la OTAN a nivel mundial. Incluso en alianza, aunque cada vez resulta más dificultoso, con fracciones de la burguesía cuyos intereses se ven amenazados por la presencia imperialista. Sin olvidar, claro está, aquella premisa señalada por Lenin en "La política nacional y el internacionalismo proletario" (1973a): "La burguesía, que naturalmente actúa en los comienzos de todo movimiento nacional como fuerza hegemónica (dirigente) del mismo, dice que es práctico el apoyo a todas las aspiraciones nacionales. Pero la política del proletariado, en el problema nacional (como en los demás problemas), apoya a la burguesía sólo en una dirección determinada, pero nunca coincidiendo con la política de la burguesía. La clase obrera sólo apoya a la burguesía para asegurar la paz nacional, para asegurar la igualdad de derechos y crear mejores condiciones para la lucha de clases" . Y agregaba Lenin en aquel mismo trabajo: "Seríamos muy malos revolucionarios si en la gran guerra emancipadora del proletariado por el socialismo no supiéramos aprovechar todo movimiento popular contra cada una de las calamidades del imperialismo, para agudizar y ampliar la crisis" (1973a). Teniendo en cuenta además que el imperialismo no es solamente el dominio militar de un Estados Unidos invasor, atacando países (aunque también lo es), sino que es un complejo apropiador de recursos energéticos, agrolimenticios, financieros, naturales, científicos, tecnológicos de fuerza y valor de la fuerza trabajo, constructor de sentidos, que está actuando, bajo una hegemonía estadounidense en decadencia y aliada con Europa, para combatir a naciones como Rusia, China, India y países que plantean un escenario de multipolaridad que definitivamente pone en jaque la primacía absoluta de los Estados Unidos.

Partiendo de la base en que claramente los revolucionarios prefieren la paz a la guerra, no es con una misma vara que se miden los conflictos bélicos en caso de producirse. El análisis de la situación concreta, que siempre posee un marco interno, pero también un marco global, nos permite señalar una clara diferencia, por poner sólo un ejemplo, entre el envío de tropas cubanas a Argelia o Angola y el envío de tropas de la OTAN, y todos los países involucrados con ella, a territorio ucraniano. Porque claramente un verdadero accionar internacionalista no implica querer imponer por la fuerza tales o cuales valores que, como vimos, se relacionan más con un pretendido "destino manifiesto" que con genuinas motivaciones humanitarias. Como bien refiriera Lenin en su polémica con Kautsky (1973b), "el carácter de la guerra (la guerra es reaccionaria o revolucionaria) no depende de quién haya atacado ni del territorio en que esté el 'enemigo', sino de la clase que sostiene la guerra y de la política de la cual es continuación esa guerra". Y no solo esto, sino que "es imposible calcular de antemano todas las relaciones que pueden establecerse entre los movimientos burgueses de liberación de las naciones oprimidas y el movimiento proletario de liberación de la nación opresora".

Para enfrentar al enemigo imperial debemos trabajar en pos de la unión, de la coordinación de las luchas, en definitiva, del incremento del sentimiento internacionalista y emancipatorio que permita seguir modificando la correlación de fuerzas e inclinando la balanza a favor de

los oprimidos, de las mayorías . Así lo declaraba el propio Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional del Trabajo en 1864: "La clase obrera posee un elemento de triunfo: el número. Pero el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber. La experiencia del pasado nos enseña cómo el olvido de los lazos fraternales que deben existir entre los trabajadores de los diferentes países y que deben incitarles a sostenerse unos a otros en todas sus luchas por la emancipación, es castigado con la derrota común de sus esfuerzos aislados" (Marx y Engels, 1864). Pero los obstáculos a la unidad para la lucha y para la articulación de una estrategia y una táctica coherentes con el objetivo final no siempre tienen origen en el enemigo principal. Engels supo identificar claramente los sectores que, además de la burguesía, podían obstaculizar el avance de los procesos revolucionarios anticapitalistas. Por un lado, los llamados "utopistas", identificados en aquella época con los planteos de Owen y Fourier, que de alguna manera planteaban diferentes sistemas de ordenamiento social que debían ser impuestos a la sociedad desde afuera, a través del ejemplo y la propaganda. Por otra parte, los "curanderos sociales" que aspiraban a suprimir "las lacras sociales sin dañar en lo más mínimo al capital ni la ganancia" (Engels, 1945: 60-72). La historia reciente de Nuestra América ha demostrado que esto es completamente inviable, y que la reacción atrincherada en los sectores más concentrados del capital, articulados con los designios imperiales, no permitirá jamás ver menguados sus intereses en ningún nivel. El imperio trabaja incesantemente para ello y estudia muy atentamente todas las variables. Repasemos sino las impunes declaraciones de David Rockefeller vaticinando que "estamos al borde de una transformación global. Todo lo que necesitamos es una gran crisis y las naciones aceptarán el Nuevo Orden Mundial [...] de lo que se trata es de sustituir la autodeterminación nacional, que se ha practicado durante siglos en el pasado, por la soberanía de una elite de técnicos y financieros mundiales". En 1991 este macabro personaje agradeció al Washington Post, el New York Times, la revista Time, y otras grandes publicaciones por haber "respetado sus promesas de discreción (silencio) durante casi 40 años". Y explicaba, "Hubiera sido imposible para nosotros haber desarrollado nuestro plan para el mundo si hubiéramos sido objeto de publicidad durante todos estos años". Pensemos entonces que, si las declaraciones sobre el Nuevo Orden Mundial no requieren de un tratamiento discrecional, aquello que no se dice o no se publica seguramente implica un nivel de brutalidad y violencia pocas veces visto en la historia de la humanidad, dirían ellos, "civilizada".

Un elemento central: la batalla de ideas

El avance del imperialismo y su propuesta del "internacionalismo de la dominación" que busca penetrar en diversas regiones del planeta, sea o no por la fuerza, tiene como uno de sus pilares fundamentales la manipulación de la opinión pública internacional y la desinformación, que permiten no sólo la desarticulación de un movimiento contestatario sino la aceptación, más o menos explícita, de toda serie de atropellos. En este sentido, la batalla de ideas ha adquirido un lugar central, sobre todo como forma de enfrentar a la potencia militar más poderosa de la historia. Esta batalla de ideas tiene diferentes dimensiones, que van desde una progresiva apropiación por parte del imperio de los conceptos "democracia" o "libertad" que citáramos al inicio del trabajo para ser definidos según su propia conveniencia, hasta las presiones que, en base a esos mismos conceptos, buscan imponer nuevos marcos jurídicos mundiales emanados del imperialismo para facilitar su dominio. Para la primera dimensión, puede citarse el discurso de Woodrow Wilson en 1920 ante el Congreso de Estados Unidos: "Yo pienso que todos nosotros comprendemos que ha llegado el día en que la Democracia está sufriendo su última prueba. El Viejo Mundo simplemente está sufriendo ahora un rechazo obsceno del principio de democracia [...]. Este es un tiempo en el que

la Democracia debe demostrar su pureza y su poder espiritual para prevalecer. Es ciertamente el destino manifiesto de los Estados Unidos, realizar el esfuerzo por hacer que este espíritu prevalezca". Pero también los discursos que acompañan las intervenciones militares actuales en medio oriente, que para ellos se hacen "en nombre de la democracia y la libertad" dan muy claros ejemplos. Para la segunda dimensión, podemos mencionar inicialmente la "imposición" (por presiones) de la aprobación de leyes antiterroristas en países como la Argentina, Chile o Brasil, que de alguna forma avalan posibles futuras intervenciones a nuestra soberanía en el marco de su cumplimiento, y el dominio de la IV Flota, el despliegue de las bases militares (Malvinas en nuestro caso argentino, por ejemplo). En el plano ideológico no es un dato menor la articulada campaña imperialista que se levanta hacia lo que ellos llaman la "ideología de género", haciendo referencia a un movimiento feminista que enfrenta no sólo la opresión del patriarcado, sino que se va identificando también al sistema capitalista como fundamento de la opresión. Es el caso de los procesos electorales en Colombia, desde el referéndum por los acuerdos de paz hasta la reciente primera vuelta para la sucesión presidencial. Allí vemos como se acrecienta el discurso violento, misógino, elitista y patriarcal en cada momento haciendo eje en la llamada "ideología de género". Campaña llevada adelante por el uribismo y la clase dominante colombiana a través de sus medios de comunicación hegemónicos. Así lo demuestra en sus discursos Rodolfo Hernández, el contrincante que enfrentara a la izquierda colombiana que alcanzo el primer lugar con las candidaturas de Petro y Francia Márquez, en la jornada electoral de primer término.

Ayer se hablaba de "destino manifiesto", hoy de "responsabilidad de proteger", pero el objetivo de injerencia y anexión es siempre el mismo.

Tampoco es menor, a la hora de analizar el mapa regional, tener presente la dinámica de la lucha de clases, y la forma de llevarla adelante según se enuncien proyectos políticos antimperialistas, anticapitalistas o por el socialismo. Comprender en profundidad el marco nacional propuesto para llevar adelante la batalla emancipatoria nos permitirá una mejor definición de las estrategias y las tácticas de lucha. Pero indudablemente, en un momento en que el imperialismo ha multiplicado de manera exponencial no sólo su agresividad sino su voluntad de expansión permanente para intentar sortear la crisis capitalista actual, recuperar la teoría y la práctica internacionalista, pensar un "internacionalismo emancipatorio" se nos presenta como una tarea fundamental para contrarrestar los letales efectos del "internacionalismo de la dominación imperialista" que no sólo acabará con nosotros, sino con el planeta mismo.

Bibliografía

Anderson, Perry (2002). "Internacionalismo: un brevario", en New Left Review, Nº. 14.

Boron, Atilio (2012). América Latina en la geopolítica del imperialismo Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

Castro, Fidel (1988). "Discurso en XXXII aniversario del desembarco del Granma y fundación de las FAR". Disponible en http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1988/esp/f051288e.html

Engels, Federico (1945). Del socialismo utópico al socialismo científico. Buenos Aires: Lautaro.

Engels, Federico (1957). "Prefacio a la edición alemana de 1890", en Marx, Carlos y Engels Federico, Obras escogidas. Buenos Aires: Cartago. p. 12.

Lenin, V.I. (1973a). "La política nacional y el internacionalismo proletario", en Obras, Tomo V. Moscú: Progreso.

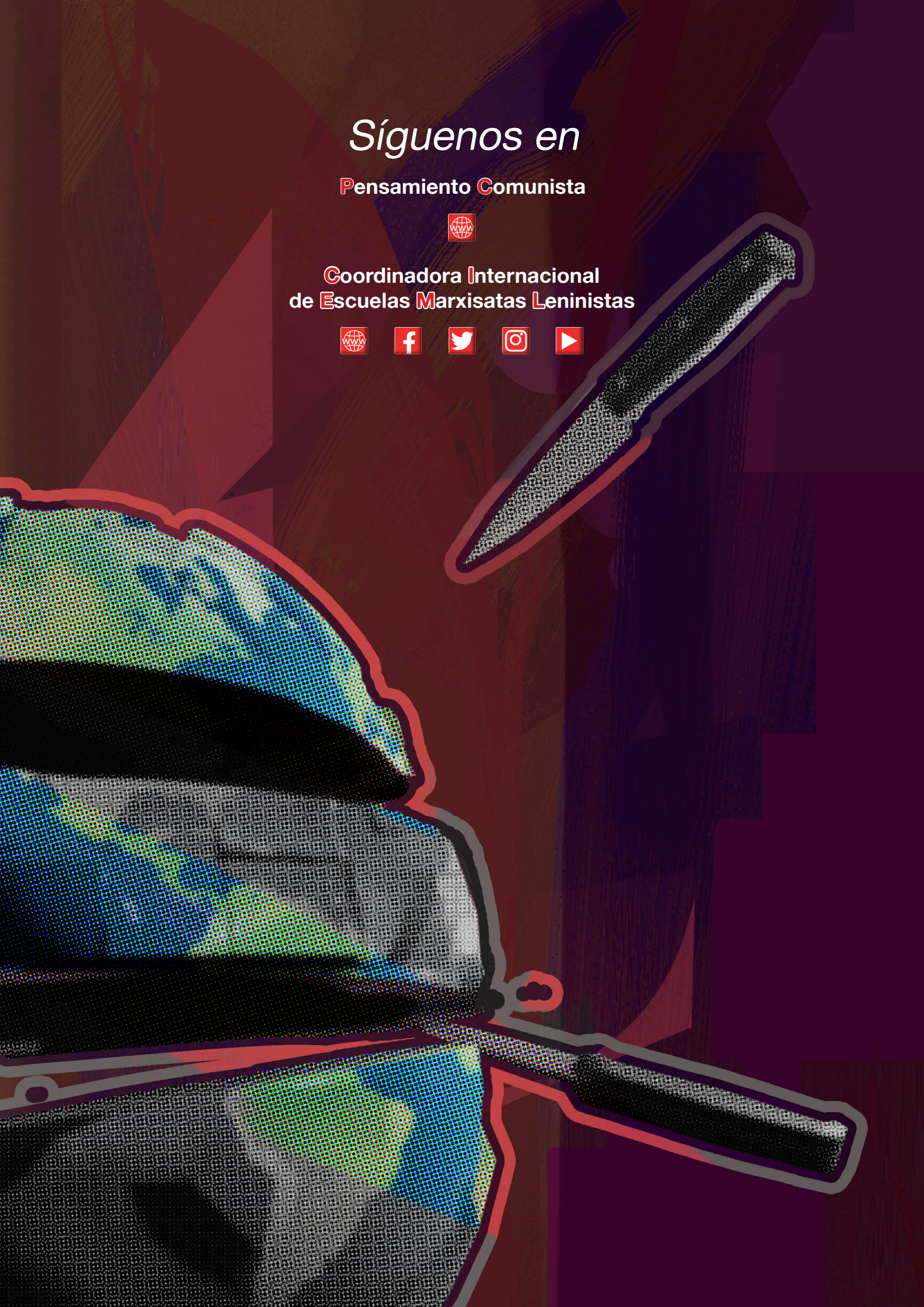
Lenin, V.I. (1973b). "La revolución proletaria y el renegado Kautsky", en Obras, Tomo IX. Moscú: Progreso.

Marx, K. y Engels, F. (1848). Manifiesto del Partido Comunista. Disponible en https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm

Marx, K, y Engels, F. (1864). "Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de los Traba-

jadores". Disponible en https://www.marxists.org/espanol/m-e/1860s/1864fait.htm
Massholder, Alexia (2010). "El concepto de democracia en el pensamiento de Agosti", en e-latina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos, Vol. 8 Nº 31. Disponible en https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/elatina/article/view/6117/0

Síguenos en

Pensamiento Comunista

Coordinadora Internacional
de Escuelas Marxisatas Leninistas